

EL FACTOR EMOCIONAL EN LA CONSTRUCCIÓN DEL JUICIO MORAL: UNA TRAYECTORIA DESDE KOHLBERG AL HORIZONTE DE LA FILOSOFÍA EXPERIMENTAL Y LA NEUROCIENCIA COGNITIVA

*THE EMOTIONAL FACTOR IN THE CONSTRUCTION OF THE MORAL JUDGMENT:
A TRAJECTORY FROM KOHLBERG TOWARDS THE EXPERIMENTAL PHILOSOPHY
HORIZON'S AND COGNITIVE NEUROSCIENCE*

Iván Alfonso Pinedo Cantillo*

Universidad La Gran Colombia

Recibido enero de 2015/Received January, 2015

Aceptado abril de 2015/Accepted April, 2015

RESUMEN

La comprensión del desarrollo moral constituye un auténtico desafío para las ciencias humanas en el siglo XXI. Si bien Lawrence Kohlberg estableció hace unas décadas su paradigmática teoría cognitivo-evolutiva de construcción del juicio moral, hoy esta visión resulta insuficiente para explicar la complejidad del fenómeno moral. Siendo esto así, la perspectiva interdisciplinar aparece como la alternativa de reflexión más adecuada para abordar hoy el problema de la estructuración de la conciencia moral y sus implicaciones en diversas áreas de la vida. En este contexto, nuevos conceptos y puntos de vista provenientes de la neurociencia cognitiva y la filosofía experimental se incorporan de manera original al estado del arte, enriqueciendo los estudios con el análisis de otros elementos determinantes de la moral como son el factor emocional y las investigaciones funcionales del cerebro que ayudan a entender lo que acontece físicamente cuando pensamos en torno a decisiones morales.

Palabras Clave: Desarrollo Moral, Emociones, Neurociencia Cognitiva del Juicio Moral, Filosofía Experimental.

ABSTRACT

The understanding of moral development is a challenge for the human sciences in the twenty-first century. While Lawrence Kohlberg established decades ago its paradigmatic cognitive-developmental theory of moral judgment construction, today, this vision proves to be insufficient to explain the complexity of the moral phenomenon. This being so, the interdisciplinary perspective appears as the most appropriate reflection to address the problem of structuring the moral consciousness and its implications in various areas of life. In this context, new concepts and insights from cognitive neuroscience and experimental philosophy are incorporated in an original way into the state of the art. This enriches the studies with the analysis of other determinants of morality as they are the emotional factors and the functional brain research that help us understand what happens physically when we think about moral decisions.

Key Words: Moral Development, Emotions, Cognitive Neuroscience of the Moral Judgment, Experimental Philosophy.

Introducción

La comprensión del desarrollo moral y sus posibles implicaciones en diferentes ámbitos de la

vida constituye desde hace unas décadas un campo de investigación bastante relevante para distintas ciencias humanas: filosofía, sociología, psicología y pedagogía, entre otras. Saber cómo el ser humano

* Filósofo, Magíster en Filosofía, Magíster en Educación, candidato a Doctor en Filosofía. Docente investigador de la Universidad La Gran Colombia. Correo: alfiva@hotmail.com

razona y decide desde su conciencia moral es fundamental para formar nuevos ciudadanos que contribuyan desde el ideal de construcción de la autonomía ética a consolidar sociedades democráticas, plurales, multiculturales y respetuosas de la dignidad humana, en momentos en que asistimos al recrudescimiento de ideas y formas de vida que sumergen a miles de hombres en lo infrahumano. En este contexto, la teoría cognitiva evolutiva del desarrollo moral planteada por Lawrence Kohlberg en la segunda mitad del siglo XX se erige como un referente para todos aquellos interesados en explicar el juicio moral y su relación con la educación integral del ser humano basada en criterios de acción éticamente sostenibles y racionalmente justificados.

En este ambiente académico de múltiples disciplinas que se preguntan por la construcción de la dimensión moral en el hombre, la filosofía indiscutiblemente ha jugado un papel decisivo en cuanto saber que busca fundamentar el juicio moral mediante el esclarecimiento de aquellos principios que garantizan la protección de lo más digno del ser humano y los fines que debe perseguir una auténtica educación ética. No obstante, en años más recientes las neurociencias también han dado importantes aportes al análisis del juicio moral, particularmente en lo que tiene que ver con el papel de las emociones en el momento de establecer la jerarquía de valores que orientan una decisión moral y los mecanismos cerebrales que intervienen en tales decisiones. En este sentido, los factores emocionales rastreados en diferentes regiones del cerebro se incorporan de manera original en los estudios sobre el desarrollo moral generando nuevos cuestionamientos, modelos teóricos y aplicaciones que deben ser tenidas en cuenta a la hora de comprender y adelantar programas de educación ética para el hombre del siglo XXI. En este ensayo se exponen algunos elementos teóricos que configuran esta trayectoria desde Kohlberg hasta las fronteras de la filosofía experimental y la neurociencia cognitiva, de manera que se aprecie la complejidad del problema y las perspectivas de investigación que posibilitan un nuevo estado del arte.

1. La construcción de la autonomía ética

La formación de la conciencia moral constituye un objeto de estudio supremamente importante para las ciencias humanas desde que se empezó a concebir la educación no solo como la acción

tradicional de transmitir conocimientos, sino, ante todo, como un proceso permanente, personal, social y cultural que se fundamenta en una concepción integral de la persona humana. Al concebir al hombre como una totalidad en donde convergen múltiples dimensiones o potencialidades que determinan su ser en el mundo: social, cognitiva, psicológica, estética, comunicativa, corporal y espiritual, entre otras, surgió inmediatamente la pregunta sobre si la ética podía concebirse como una dimensión unificadora de muchos factores que configuran la complejidad de lo humano y hasta qué punto podía educarse en este aspecto esencial de la vida (Delval & Enesco, 1994).

Las respuestas a los interrogantes sobre el origen, fundamento y estructuración de la dimensión ética vinieron desde diferentes campos del conocimiento, pero, sin duda alguna, existe un consenso casi unánime en torno a las figuras de Jean Piaget y Lawrence Kohlberg, en cuanto autores que marcaron un hito en la investigación contemporánea sobre el desarrollo moral de los individuos y el papel decisivo de la ética en la construcción de sociedades más justas, democráticas y humanas que hagan posible la existencia en lugar de destruirla.

Kohlberg, heredero de la epistemología genética de Piaget (1997), dio un paso adelante al plantear su teoría cognitivo-evolutiva del desarrollo moral en donde describe cómo el sujeto configura su conciencia moral pasando por diferentes estadios o etapas progresivas que van desde la niñez hasta la vida adulta. En los primeros años los niños toman decisiones basadas en criterios dados por otros (heteronomía), pero se espera que en la vida adulta la toma de decisiones esté fundamentada en criterios de acción racionalmente justificados que se asumen de manera personal y libre (autonomía). Según Kohlberg (1976, 1980, 1992, 1997), la base de este crecimiento humano radica en la maduración del juicio moral entendido como el proceso autorreflexivo que posibilita analizar situaciones en contextos reales o hipotéticos, considerar pros y contras, evaluar posibles consecuencias de las acciones, asumir un punto de vista basado en razones suficientes y tomar decisiones responsables según una jerarquía de principios y valores humanos que determinan lo que realmente somos en el mundo. Así, pues, Kohlberg en su búsqueda de comprensión de la dimensión moral descubre cómo uno de los aspectos claves en el comportamiento humano consiste en aprender a vivir en sociedad y

a regirse por criterios de justicia, responsabilidad y autorregulación: el problema de la construcción de la autonomía.

La autonomía es el concepto sobre el cual se erige el entramado teórico de Kohlberg, particularmente al proponer en sus investigaciones el estadio VI de desarrollo moral o nivel posconvencional en donde el individuo se rige por principios éticos universales. Pero la idea de autonomía del sujeto es fundamentalmente una herencia de la tradición filosófica de Kant en su paradigmática obra *Crítica de la razón práctica* (2007). En su reflexión, Kant propone el buen obrar como un deber, como una obligación que emerge de la capacidad racional humana que opera en términos universales y formales regulando la conducta cotidiana mediante normas que surgen del propio individuo. En este sentido, Kant considera que una ética auténticamente humana ha de ser universal (válida para cualquier ser humano, con independencia de cuáles sean sus intereses) y autónoma, es decir, basada en la libertad y capacidad humana para darse una ley desinteresada. Estas dos propiedades solo son posibles en una ética racional.

Desde que Kant propuso su visión ética deontológica o del deber ser que busca formar individuos autónomos capaces de regular su vida personal y social con base en principios y valores humanos universalizables, la filosofía, la psicología y otras ciencias sociales no han cesado en su tarea de hacer nuevas lecturas de los postulados kantianos a la luz de las actuales condiciones políticas, económicas, sociales y culturales en que se desenvuelve la humanidad, como también de la evolución interna que tiene la reflexión moral, al menos en las últimas cuatro décadas. Autores como John Rawls, Jürgen Habermas, Victoria Camps, Adela Cortina y Karl Otto Appel, entre otros, analizan los presupuestos conceptuales de Kant y mantienen desde diferentes puntos de vista filosóficos la fe en la educación ética de individuos autónomos capaces de decidir racionalmente sobre los fines y valores que deben orientar su vida personal y la vida de las comunidades en las cuales están inscritos.

Temas como los derechos humanos, la injusticia, la desigualdad y la pobreza nutren la reflexión filosófica contemporánea en torno a la ética y moral, pero la filosofía por sí misma no puede responder a todos los interrogantes que surgen frente al complejo mundo de las decisiones humanas. Siguiendo la racionalidad científica propuesta por Kuhn (1962), los paradigmas filosóficos de explicación de la

moralidad han resultado insuficientes y no responden de manera satisfactoria a los nuevos problemas que surgen con la evolución de las teorías. Es necesaria la intervención de otras disciplinas como la psicología, la neurociencia cognitiva y la neurobiología como apoyo y complemento en la comprensión del fenómeno moral. El gran acierto de Kohlberg radica precisamente en descubrir el lado cognitivo de las competencias morales. Fue el primero en incluirlo específicamente en la investigación de la práctica educativa y en decir que la moralidad es tanto un asunto de estructuras y operaciones de la mente como de ética y valores (Barra, 1987; Gilligan, 1985; Hersh, Reimer & Paolitto, 1984; Jordán & Santolaria, 1995; Mifsud, 1980).

La intuición original que tuvo Kohlberg de buscar otros caminos alternos a la filosofía para comprender cómo se construye el juicio moral en los seres humanos, convirtió su pensamiento en un referente obligatorio para todos aquellos que desean ahondar en el conocimiento del desarrollo moral. Es casi un lugar común acudir a Kohlberg cuando de reflexión moral se trata, ya sea para atacar sus ideas o para confirmarlas, pero siempre sus planteamientos resultan de gran interés y actualidad.

2. Los estudios sobre el desarrollo moral a partir de Kohlberg

La aplicación del modelo de Kohlberg sobre el desarrollo moral se llevó a cabo a finales de la década de los sesenta con las primeras investigaciones de Moshe Blatt en aulas reales usando dilemas hipotéticos con jóvenes de sexto grado, desde entonces el cúmulo de estudios para determinar el nivel de desarrollo moral en distintas poblaciones humanas y contextos se ha dado de manera casi ininterrumpida. En América Latina, por ejemplo, los trabajos de Barba (2001, 2002, 2003, 2005, 2007), son un punto de referencia importante sobre cómo se ha comprendido y medido el desarrollo moral en población en edad escolar y universitaria. Otros estudios han seguido las huellas de Barba intentando establecer los niveles de desarrollo moral en niños, adolescentes y población adulta a lo largo del continente, normalmente guiados por la intención de desarrollar programas de educación moral cada vez más efectivos que respondan a las ingentes demandas sociales en medio de estados y ciudades cada vez más afectados por la violencia, el aumento de la criminalidad y la crisis de valores que se percibe

en todos los ámbitos de la vida (Bordignon, 2011; Medrano, 1998; Mestre *et al.*, 1998; Casas, Sabogal & Suárez, 2011; Suárez & Díaz, 2007; Riveros y Pizano, 2012). Para desarrollar estos estudios los instrumentos primordiales de medición han sido la Entrevista de Juicio Moral (*Moral Judgement Interview: MJI*) y el *Defining Issues Test* (DIT), elaborado originalmente por James Rest (1979, 1986) y adaptado según las necesidades de investigación (Colby *et al.* 1987; Meza & Suárez, 2004; Monzón *et al.* 2006; Pasmanik & Winkler, 2009; Pérez-Delgado, Frías & Pons, 1994; Pérez-Olmo & Dussan, 2009; Ramírez *et al.*, 2008; Torres *et al.*, 2010; Vargas, 2008; Villegas, 1997; Urrutia, 2011; Zerpa & Ramírez, 2004; Zerpa, Ramírez & Aristimuño, 2010). Fundamentalmente el DIT ubica al individuo en uno de los seis estadios de desarrollo moral propuesto por Kohlberg, teniendo en cuenta la postura que la persona asuma frente a diversos dilemas morales y la solución que brinde siguiendo un protocolo de preguntas que trae formalmente el test.

Un porcentaje bastante alto de estos estudios realizados en América Latina usando el DIT permiten concluir cómo la mayoría de individuos sometidos a la prueba se ubican predominantemente en el nivel moral convencional, estadio IV, establecido por Kohlberg. Esto significa que ante los dilemas morales los jóvenes participantes, generalmente estudiantes de secundaria o universidad, optan por soluciones enmarcadas dentro de las reglas, expectativas y convenciones sociales vigentes, precisamente porque consideran que actuar de acuerdo con las normas establecidas es lo mejor para mantener el buen funcionamiento de la vida en común (Ramírez *et al.* 2008; Suárez & Díaz, 2007; Torres *et al.*, 2010; Villegas, 1997). En este sentido, las personas entienden como conducta correcta fundamentalmente aquella que es aprobada por la mayoría y que está conforme a los estereotipos y roles marcados socialmente. En menor medida aparece una tendencia hacia el esquema de moral de principios o moralidad posconvencional que es en la teoría cognitivo evolutiva el ideal moral al que se debe aspirar.

Frente a lo anterior, algunos estudiosos como Lind (1999, 2000a, 2000b) han propuesto la necesidad de crear nuevos dilemas morales, pues los originales de Rest ya no responden a la idiosincrasia del joven actual y pueden ser vistos como meras historias académicas que hay que solucionar, pero no como situaciones reales que afectan la vida de las personas; por tanto las respuestas dadas en textos

escritos como el DIT no pueden adquirir un valor absoluto frente a la calificación del juicio moral, sino que constituyen un horizonte de sentido que debe ser enriquecido con otras aproximaciones como la proporcionada por las entrevistas semiestructuradas, un análisis del contexto específico de la persona y una visión de la cultura en que se da la investigación (Cortés, 2000; Casas *et al.*, 2011; Romo, 2004).

Otra corriente de pensamiento proveniente de la neurociología también se viene abriendo paso frente a la comprensión del juicio moral al observar cómo los métodos empleados tradicionalmente para medir el desarrollo moral, específicamente el DIT y las entrevistas sobre dilemas sociomorales, parecen ser insuficientes para captar la totalidad de los procesos que intervienen en el razonamiento moral, por tanto se prevé la necesidad de implementar otros instrumentos de análisis desde una perspectiva más integradora y ecléctica que den cuenta de otros elementos decisivos a la hora de emitir un juicio moral.

Las últimas investigaciones y propuestas sobre desarrollo moral tienden hacia este modelo integrador que ve el problema de la decisión moral como un gran rompecabezas que hay que comprender a partir de lo que cada pieza aporta en un momento y situación específica. Surge entonces la necesidad de incluir otros factores determinantes de la moral como son las emociones, los sentimientos, los contextos específicos en que se desenvuelven las personas, las experiencias de vida que afectan los juicios morales y los estudios funcionales del cerebro que ayudan a comprender la mecánica de la moralidad humana.

3. La incorporación de las emociones en los estudios sobre el desarrollo del juicio moral.

Históricamente las emociones han ocupado un lugar secundario en relación con facultades humanas como la razón, intelección o cognición. Buena parte de esta jerarquización de facultades se debe a la tradición filosófica que ya desde la antigüedad, con los pensadores estoicos y su idea de emociones humanas fundamentales (anhelo, alegría, temor y aflicción), se marcó la idea según la cual todo ese cúmulo de estados corporales involuntarios e irracionales llamados con distintos nombres: pasiones, afecciones o sentimientos, terminan nublando el entendimiento o amenazando la razón. Luego, con

la aparición de la teología cristiana, particularmente con San Agustín y Santo Tomás, la dicotomía entre pasiones y razón alcanzó un grado de desarrollo e influencia tan notable, que fue necesario que pasaran varios siglos, hasta el siglo XVIII para que el factor emocional volviera a ser visto desde otras perspectivas y alcanzara una resignificación dentro de la reflexión filosófica, psicológica y sociológica contemporánea, incluyendo los planteamientos más recientes de las ciencias cognitivas y neurociencias. Siendo esto así, podemos afirmar que la visión racionalista ha sido la dominante a la hora de comprender al hombre y sus dimensiones, de tal forma que términos asociados a estados interiores, como son las pasiones, afecciones o sentimientos, cayeron durante largos años bajo sospecha por ser considerados nociones que de alguna manera hacen referencia a estructuras inferiores de la naturaleza humana.

También es cierto que en el desarrollo histórico se han presentado posiciones distintas a la hora de comprender las pasiones o afecciones del alma, pues hubo un tiempo en que estas ideas se consideraban asociadas a la razón, es decir, sin antagonismo, bajo una visión integradora entre razón y pasión, tal es el caso de Aristóteles en la *Retórica* y *Tratado del alma*. Pero en el siglo XIX, cuando el término pasión es sustituido por emoción, siguiendo los planteamientos de Hume, Brown y Darwin, la escisión entre intelecto y emoción vuelve a ser notoria y no siempre fácil de armonizar. Solo hasta la segunda mitad del siglo XX con autores como Solomón el tema de la relación entre emociones y razón vuelve a tomar un camino integrador siguiendo el horizonte de las neurociencias y los descubrimientos funcionales del cerebro. Así la división intelecto-pasión da lugar a nuevas teorías en donde las emociones son vistas como un tipo particular de cognición o como cambios corporales que facilitan la cognición.

Teniendo en cuenta lo anterior, podemos establecer a continuación algunas breves anotaciones históricas, filosóficas y psicológicas sobre cómo ha sido el desenvolvimiento polémico entre razón y emoción, desde los antiguos planteamientos griegos, pasando por los aportes de la teología cristiana medieval, hasta efectivamente dar el paso de la categoría “pasión” a la categoría secular de “emoción” tal y como lo propone el filósofo e historiador Thomas Dixon (2003). En este camino se ha dado una dinámica tanto de integración entre razón y emoción como de escisión entre estas dos

dimensiones humanas, de tal forma que se necesita un análisis más elaborado para alcanzar una visión completa y objetiva del verdadero trasfondo que ha orientado las discusiones filosóficas a lo largo de la historia.

3.1. Las pasiones y afecciones en San Agustín

En San Agustín las pasiones ocupan un lugar importante en sus textos *La ciudad de Dios* y *Las confesiones*. Retomando el modelo dualista platónico San Agustín concibe al hombre como un alma inmortal que ocupa y se sirve de un cuerpo mortal. El alma es creada por Dios, pero como consecuencia del pecado original, el alma tiende a ser dominada por el cuerpo y sus pasiones. El alma entiende, es inteligente (intelectual), el alma quiere, es decir, tiene voluntad para querer, y recuerda, pues su identidad perdura en el tiempo. Pero este dualismo lleva consigo una lucha constitutiva entre el alma y una serie de deseos, apetitos y estados sensitivos que nos acercan a nuestra naturaleza animal y que pueden ser analizados bajo el concepto de pasiones o afecciones, es decir, respuestas automáticas de los apetitos sensitivos que pueden afectar la voluntad.

En San Agustín estos apetitos sensitivos tienen un carácter pasivo, en el sentido de que no hay una acción plenamente libre del individuo sino una reacción frente a un objeto que atrae o repele, de ahí el término pasión: algo que se recibe y padece, algo que nos sucede, que nos sobreviene impensadamente. Las pasiones se generan por tanto en el interior del hombre por el cúmulo de deseos que conforman nuestra naturaleza: amamos y perseguimos descontroladamente lo que nos dictan una serie de apetitos ajenos a lo que Dios quiere. En este punto aparece entonces otro término agustiniano asociado a las pasiones: la “concupiscencia” o estado del hombre en donde la voluntad no está dominada por la razón, sino por la variedad de deseos desordenados que día y noche nos afectan. Así, las pasiones en la visión agustiniana adquieren un carácter perturbador en cuanto se resisten a ser controladas y son capaces de ejercer un fuerte dominio sobre el hombre llevándolo al mal o alejamiento del fin último de la vida que es Dios mismo (Dixon, 2003).

3.2. Las pasiones en Santo Tomás de Aquino

Santo Tomás, heredero de la tradición del pensamiento de Aristóteles, asumirá algunas categorías

de análisis del estagirita para establecer su posición frente al complejo mundo de las pasiones. En contra de la teoría platónica, el dualismo aristotélico no pretende establecer una oposición entre cuerpo y alma como si se tratara de realidades de naturaleza contraria. Alma y cuerpo son complementarios y no opuestos. Poseer alma es propio de todo ser animado, las plantas y los animales también la tienen. El alma es principio vital, es decir, aquello que da vida y energía al cuerpo. Así, encontramos tres funciones que el alma cumple: vegetativa, sensitiva y racional o intelectual, la cual es exclusiva del ser humano. El alma intelectual supone las otras dos y se caracteriza por tener procesos de reflexión, deliberación y elección. Según lo anterior, Santo Tomás reconoce la idea aristotélica según la cual las pasiones son dimensiones cognitivas y perceptivas de los seres humanos a las cuales no podemos renunciar.

Teniendo en cuenta este contexto, para Santo Tomás en su obra *De veritate* considera que el ser humano no es solamente intelecto, pues el hombre hace parte del reino animal y como el resto de los animales tiene necesidades, deseos, apetitos (parte apetitiva del alma), es decir, en su interior sigue actuando siempre la función sensitiva que contiene en sí las pasiones del alma. En este contexto pasión indica afección, pasividad, como en San Agustín, es decir algo que acaece en un sujeto. Son actos de la potencia apetitiva sensitiva (movimientos del apetito sensitivo). Por eso las pasiones siempre recaen en un paciente, es decir, tienen recepción en un individuo si bien tienen su origen en la realidad externa sensible que excita o estimula la reacción pasional.

Para Santo Tomás estas pasiones que hacen parte de la naturaleza humana no son todas iguales, en su teoría establece algunas distinciones importantes dentro del apetito sensitivo: Pasiones irascibles (miedo, ira, esperanza, audacia); pasiones concupiscibles (amor, odio, aversión, placer, tristeza), estas pasiones se refieren al movimiento por el cual se obtiene un bien o se aleja un mal. Ahora bien, ambos tipos de pasiones son motivadas por objetos particulares del mundo de los sentidos y pueden tener una orientación hacia lo bueno o malo según estén guiadas o no por la voluntad (se desea sensiblemente tal o cual objeto). Para Tomás las pasiones irascibles se desprenden de alguna manera de las concupiscibles, es decir, son estados que median antes de que aparezcan las características de lo concupiscible (Dixon, 2003).

Ahora bien, toda pasión implica para Santo Tomás un cambio corporal, es decir, una transmutación en el soporte orgánico del apetito sensible. Este va a ser un elemento importante para comprender la evolución del término pasión, pues los actos en los que se hace presente una pasión generan en el cuerpo una serie de “movimientos” o “alteraciones”, tal es el caso de la ira y el rubor en la cara, los ojos desorbitados, etcétera. El asunto central radica en que estas alteraciones pueden conducir a lo mejor o lo peor, según se manejen. Si hay presencia de la razón entonces hay posibilidad de orientación hacia lo bueno, de lo contrario lo que sobreviene es el arrastre del deseo y el alejamiento de Dios.

3.3. La centralidad de las emociones en Thomas Brown y Darwin

Entre 1820 y 1850 los términos pasión y afección característicos de la edad media fueron siendo desplazados por la categoría psicológica denominada emoción. Se considera a Thomas Brown, un médico inglés, como un personaje central que extiende el uso del término emoción en su obra *Lecturas sobre la filosofía de la mente humana*. En este texto Brown es explícito en proponer la transición terminológica de apetitos, pasiones, deseos y afecciones por el de emociones. Para tal efecto, Brown asume un punto de vista científico para comprender la mente humana. Su trabajo se asocia con una “Química de la mente” y una “Ciencia de la mente”, es decir, un tratamiento riguroso y metódico que sigue la tradición epistemológica positivista de las ciencias exactas como la física, pero aplicado a la comprensión de esos estados anímicos llamados emociones. Para fundamentar su teoría Brown plantea explícitamente la existencia de la mente como realidad fundamental en donde acontecen las emociones. Su estudio de la mente lo llevó a considerar una clasificación de los fenómenos mentales entre los que se destacan las emociones como un nuevo término psicológico que debe ser tenido en cuenta a la hora de comprender la naturaleza humana. Desde entonces la categoría emoción, por su carácter secular y libre de especulaciones teológicas, subsumió todo ese complejo mundo interior que antes era explicado como pasión, deseo y afección.

Darwin, en la misma línea de investigación científica de Brown, es uno de los primeros pensadores que ponen el término emoción en el centro de la reflexión filosófica y científica, alejándose del

concepto teológico de “pasiones” del alma. En su texto *La expresión de las emociones en el hombre y los animales* Darwin explica la finalidad funcional de las emociones dando un giro a la reflexión tradicional en torno a estos temas. Para Darwin las emociones están ligadas a la supervivencia y adaptación de las especies. Por ejemplo, las emociones provocan reacciones de miedo y escape para alejar a los animales de potenciales peligros que pueden acabar con la vida. Incluso la reacción de muchas especies que comunican de alguna forma el peligro a toda la manada permiten la supervivencia a través de la historia, de lo contrario muchos animales estarían mucho más expuestos de lo que ya lo están a los depredadores, carroñeros y demás peligros que encuentran en su entorno. Pero Darwin, si bien sustituye el concepto de pasión por emoción, mantiene la escisión entre razón y emoción que en algunos momentos históricos logró ser visto bajo aproximaciones teóricas integradoras.

4. El tratamiento de las emociones: de la era de la razón hasta nuestros días

Al filósofo escocés David Hume se le atribuyen valiosas contribuciones a la comprensión ética desde el punto de vista de las emociones y los sentimientos. Frente a los que sostienen que la razón es la responsable de nuestras decisiones morales, Hume (1975, 1978, 1987, 1988, 1993) propone cómo nuestras acciones están en última instancia motivadas por los sentimientos de atracción o aversión que nos producen ciertos comportamientos. Esta atracción o aversión surge del placer o del dolor que determinadas acciones nos provocan. Según Hume, buscamos y apreciamos lo que nos causa placer, aborrecemos y rechazamos lo que nos causa dolor. Los sentimientos de placer y dolor están, por este motivo, en la base de los juicios morales. El bien no es otra cosa que lo que nos complace, mientras que el mal consiste en el disgusto y el dolor que determinadas acciones nos provocan (Hume, 1993). Los trabajos de Hume tuvieron gran impacto durante la modernidad, pero luego disminuyeron a partir de la propuesta kantiana según la cual los juicios morales tienen su origen en la razón y no en las emociones del sujeto (Kant, 2007). Desde entonces buena parte de la discusión filosófica moral se centró en el análisis del imperativo categórico de Kant y sus múltiples interpretaciones o aplicaciones para el ciudadano del siglo XX (Cortina, 1997).

En años más recientes se ha renovado el interés por conocer el papel de las emociones en el juicio moral. Para el filósofo y psicólogo Geord Lind (2000a), una descripción completa del juicio moral debe considerar tanto las propiedades cognitivas como las afectivas, lo que se ha denominado la teoría del aspecto dual. Para este investigador en los procesos cognitivos de decisión moral están también presentes aspectos emocionales que se involucran y forman parte de la decisión, un aspecto que Kohlberg no alcanzó a contemplar en su teoría. Las intuiciones de Lind han sido muy importantes para la psicología y la filosofía moral, pero las últimas respuestas al problema de las emociones provienen de las neurociencias que buscan esclarecer el vínculo entre emociones, cerebro y juicio moral.

Solo hasta después de los noventa con ayuda de los avances tecnológicos en medicina nuclear y neuroimagen funcional los estudios sobre la conducta humana han adquirido un nuevo horizonte en medio del desarrollo de la neurociencia cognitiva. El objetivo de la neurociencia cognitiva radica en comprender la mente en términos físicos investigando lo que acontece en el cerebro cuando pensamos en torno a decisiones morales. En la década de los noventa, Damasio (1994) publicó los resultados de estudios en pacientes con daños en el corte prefrontal ventromedial (VMPFC), como el caso de Phineas Gage, y la relación de estas afecciones con el razonamiento moral. Damasio muestra cómo se puede “mapear” en regiones del cerebro dónde y cuándo acontecen las emociones morales. Otros estudios como los de Aguado (2002), Ellis y Young (1992), Rozin y colaboradores (1999) y King (2006), han mostrado la manera como la *amygdala* cerebral juega un rol importante en las reacciones emocionales al ser estimulada por escenas en donde aparecen situaciones de dilemas morales que el individuo contempla o tiene que resolver.

Una evolución en este campo de la neurociencia cognitiva la encontramos en los estudios de Joshua Greene y colaboradores (2001, 2002, 2008a, 2008b, 2008c) sobre los factores emocionales que influyen en el juicio moral. Greene desarrolló un nuevo tipo de dilemas morales, distintos a los tradicionales propuestos por James Rest en el DIT y uso como instrumento de trabajo escáners cerebrales conectados a los participantes del experimento de tal forma que podía detectar qué áreas del cerebro estaban involucradas durante el discernimiento moral de dilemas (*mapping moral emotion*). Las conclusiones

de Greene han abierto un nuevo campo a los estudios sobre el desarrollo moral mostrando las relaciones entre cerebro y conducta al identificar, por ejemplo, la manera en que la circunvolución frontal medial del cerebro se estimula cuando el individuo reacciona con disgusto ante transgresiones morales. En este mismo orden de ideas, las investigaciones explican cómo las reacciones morales ante la violencia o compasión son procesadas en la *amygdala* y el corte ventromedial prefrontal (VMPFC).

Los estudios de Greene y otro grupo de investigadores (Rozin *et al.*, 1999; Moll *et al.*, 2003; Wheatley & Haidt, 2005; Robertson *et al.*, 2007; Keller, 2008; Huebner, Dwyer & Hauserm, 2009; Jamie, 2010), han dado lugar a una auténtica revolución en lo que tiene que ver con los factores emocionales que inciden en el juicio moral. Esta indagación se ha convertido en fuente de interés científico a nivel global. En América Latina es importante resaltar el interés de algunos investigadores por unirse a este movimiento de las neurociencias y el desarrollo moral como se observa en los estudios de Neurobiología de la sensibilidad moral realizados por Ostrosky-Solis y Vélez (2008), la propuesta de Gramática de las emociones desarrollada por Tovar (2011) y neurociología del juicio moral (Rosas *et al.*, 2014).

Un punto de vista importante dentro de estos trabajos en torno al factor emocional en la conformación del juicio moral lo tiene Mar Cabezas con su tesis doctoral recientemente publicada en español por Plaza y Valdés: *Ética y emoción. El papel de las emociones en la justificación de nuestros juicios morales* (2014). Esta obra seguramente tendrá mucha influencia por su rigurosa reflexión con orientación metaética, en donde se plantea cómo los criterios de validez moral de corte racionalista resultan insuficientes para explicar por qué calificamos una acción como buena o mala, por tanto se necesita dirigir el análisis hacia la comprensión del factor emocional en la justificación de los juicios morales asumiendo una perspectiva integradora que supere la vieja dicotomía razón-emoción.

El amplio campo de investigación en torno al papel de las emociones en el juicio moral finalmente nos conduce a una comprensión de la cognición como un todo en donde la filosofía interviene de manera inédita: la denominada filosofía experimental de Joshua Knobe y Shaun Nichols. Frente a la pregunta: ¿hacemos juicios morales basados en la razón o en la emoción? Knobe y Nichols (2009)

proponen una forma innovadora de proceder haciendo experimentos que demuestran lo que la gente entiende y aplica de ciertos conceptos morales que han sido patrimonio de la tradición del pensamiento filosófico, la mayoría de las veces considerados en forma abstracta y especulativa.

Aunque todavía es un proyecto en construcción, la filosofía experimental se abre paso en medio de críticas y a veces desconfianza por parte de algunos pensadores. ¿Un filósofo haciendo experimentos? De eso se trata: validar por medios empíricos una serie de conceptos y postulados morales que se han planteado en los textos, pero que no se han contrastado suficientemente con la realidad. En este punto la pregunta por el papel de las emociones en el juicio moral resulta un campo bastante propicio para la validación por vía experimental de diversas teorías. Al respecto Knobe propone algunos experimentos realizados en torno al concepto de intencionalidad moral: ¿Cómo la gente normalmente distingue entre lo que se hace intencionalmente y lo que se hace sin querer? ¿Una emoción negativa o de disgusto frente a una acción moral tiene influencia sobre el juicio que se hace sobre la intencionalidad o no intencionalidad del acto? El estudio experimental mostraba cómo la molestia o disgusto afectivo que sentía la gente frente a una situación moral se asociaba con la idea de buena intención o mala intención a partir de la cual se juzgaba la acción; en la medida en que había enojo se juzgaba una acción como mal intencionada y en la medida en que había gusto o satisfacción se asociaba con buenas intenciones.

La filosofía experimental, por tanto, aparece en el horizonte de los estudios sobre el papel de las emociones en el juicio moral vinculándose de manera interdisciplinaria a la psicología y la neurociencia cognitiva para dar una respuesta actual a los factores que intervienen en la construcción de la conciencia moral. El trabajo de Tovar (2011) Gramática emocional, bases cognitivas y sociales del juicio moral, es un buen reflejo de esta nueva orientación interdisciplinaria de la cual participa la filosofía. Otros temas como el problema de la culpa moral y su relación con las emociones ya se vislumbran para la filosofía experimental.

Hace varias décadas el filósofo y psiquiatra Karl Jaspers nos mostró en su obra *Psicología de las concepciones del mundo* (1967) un interesante análisis sobre la culpa moral en su dimensión individual, colectiva y metafísica, bajo el concepto de situación límite existencial, pero el mismo autor

dejó planteadas algunas preguntas sobre los aspectos afectivos que incidían en la reflexión ética sobre la culpa. Para la filosofía experimental actual la culpa moral resulta un tema muy sugestivo de explorar, sobre todo para comprender efectivamente cómo las personas perciben la culpa existencial y qué factores inciden en la vida cotidiana a la hora de asumir o evadir la responsabilidad moral.

Conclusiones

La teoría cognitivo evolutiva de Lawrence Kohlberg sobre el desarrollo moral constituye un auténtico paradigma contemporáneo que ayuda a comprender el complejo fenómeno del razonamiento moral en los seres humanos. A pesar del paso del tiempo, las críticas y replanteamientos científicos, la teoría tiene mucha actualidad y vigencia en lo que tiene que ver con la búsqueda de la intelección del juicio moral y la construcción de la autonomía basada en principios universales, particularmente en momentos en que se evidencia una crisis de valores y una pérdida de sentido de lo humano.

En filosofía, Hume reivindicó el papel fundamental de las emociones en la comprensión de los juicios morales después de una larga tradición de pensamiento que estableció una fuerte dicotomía entre pasión y razón. Su emotivismo se enfrenta a las teorías intelectualistas que consideran que la acción correcta o buena pasa siempre por un conocimiento previo de la bondad o el bien. Sin embargo, los postulados morales de Hume no alcanzaron el nivel de influencia que llegó a tener Immanuel Kant con su propuesta de una ética autónoma en la que sea el propio hombre quien determine la ley moral y tome decisiones libres sustentadas en la razón. Kohlberg, heredero de la tradición kantiana, planteó su teoría cognitivo-evolutiva del desarrollo moral generando una auténtica revolución en la manera de comprender la construcción del juicio moral y sus consecuentes aplicaciones en el sector educativo.

Los estudios actuales sobre el desarrollo moral continúan teniendo como referente la propuesta de Kohlberg, no obstante, los mismos avances de investigación han abierto nuevas perspectivas de comprensión del fenómeno moral que deben ser abordados de manera interdisciplinaria. Una de estas grandes líneas de reflexión vuelve a ser el papel de las emociones a la hora de emitir juicios morales. En este contexto, nuevas áreas del saber, como la neurociencia cognitiva, se asocian al horizonte de

reflexión en torno a la moral enriqueciendo los viejos enfoques y aportando visiones originales que nos ayudan a ver la moral no solo como un objeto de estudio que debe ser esclarecido desde la tradición filosófica, sino también como un problema que surge al analizar el cerebro y sus funciones. Al respecto los estudios de Joshua Greene y colaboradores resultan supremamente retadores para la comunidad científica al proponer un nuevo campo de indagación denominado Neurociencia Cognitiva del Juicio Moral. Siendo esto así, la filosofía, la psicología y las neurociencias actualmente intercambian preguntas, revisan conceptos, confirman experimentos y generan perspectivas innovadoras que constituyen un campo abierto para ulteriores investigaciones.

El movimiento de la filosofía experimental es un buen ejemplo de cómo se puede comprender hoy el factor emocional en el desarrollo del juicio moral. La apuesta de Knobe y Nichols por validar empíricamente diferentes conceptos y teorías éticas que hasta hoy eran productos racionales de grandes pensadores de la talla de Aristóteles, Hume o Rawls, entre otros, nos reta a contrastar estos postulados con lo que la gente efectivamente piensa, dice y hace a nivel moral. Así, la filosofía experimental y los trabajos realizados recientemente en psicología y neurociencia cognitiva nos invitan a retomar los planteamientos paradigmáticos de Kant y Kohlberg en torno al desarrollo del juicio moral, para asumir nuevas perspectivas que incluyan el factor emocional en sus disertaciones.

Temas como los elementos emocionales que intervienen en la culpa moral y su correspondiente procesamiento en el cerebro se convierten en auténticos proyectos para implementar desde la filosofía experimental y la neurociencia cognitiva. Si partimos de la autonomía como principio legitimizador de la acción moral y de otros aspectos constitutivos de la ética como la vinculación y el cuidado del otro, surgen también preguntas por la obligación moral, la empatía, la culpa y la responsabilidad con los demás, temas característicos de la tradición filosófica y pedagógica, pero que hoy también son objeto de la psicología y las neurociencias. Así, pues, estamos atravesando fronteras que hasta hace poco tiempo eran terreno exclusivo de ciertas áreas del saber para ingresar a campos en donde la interdisciplinaria se establece como el nuevo horizonte de reflexión. La comprensión del juicio moral, por tanto, se encuentra en plena evolución.

Referencias

- Aguado, L. (2002). Procesos cognitivos y sistemas cerebrales de la emoción. *Revista de Neurología*, 34 (12), 1161-1170.
- Barba, B. (2001). Razonamiento moral de principios en estudiantes de secundaria y bachillerato. *Revista Mexicana de Investigación educativa*, 6 (13), 501-523.
- Barba, B. (2002). Influencia de la edad o de la escolaridad en el desarrollo del juicio moral. *Revista electrónica de investigación educativa*, (2), 23-46.
- Barba, B. (2003). Desarrollo moral en estudiantes de licenciatura en Aguascalientes. *Paedagogium*, 3 (15), 21-25.
- Barba, B. y Romo, J. (2005). Desarrollo del juicio moral en la educación superior. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 10 (24), 67-92.
- Barba, B. (2007). Experiencia y construcción personal de la moralidad. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 12 (35), 1209-1239.
- Barra, E. (1987). El desarrollo moral: una introducción a la teoría de Kohlberg. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 19 (1).
- Bordignon, N. A. (2011). Implicaciones de los niveles de desarrollo moral de Kohlberg en la educación superior. *Revista Lasallista de Investigación*, 8 (1), 16-27.
- Cabezas, M. (2014). *Ética y emoción. El papel de las emociones en la justificación de nuestros juicios morales*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Casas, B., Sabogal, G. y Suárez. (2011). Uso de una estrategia pedagógica basada en la aplicación de dilemas morales en el desarrollo de la conciencia moral en los estudiantes de básica secundaria. *Magistro*, 5 (10), 75-87.
- Colby, A., Kohlberg, L. & Cols, E. (1987). *The Measurement of Moral Judgement*. Cambridge: University Press.
- Cortés, M. (2000). *Hacia un modelo de comprensión del desarrollo moral desde Kohlberg y Bronfenbrenner*. País Vasco: UPV, Departamento de psicología evolutiva y de la educación.
- Cortina, A. (1997). *El mundo de los valores. Ética y educación*. Bogotá: El Búho.
- Damasio, A. (1994). *Descartes error: emotion, reason, and the human brain*. New York: Putnam.
- Delval, J. y Enesco, I. (1994). *Moral, desarrollo y educación*. Madrid: Anaya.
- Dixon, T. (2003). *From passions to emotions. The Creation of a Secular Psychological Category*. New York: Cambridge University Press.
- Ellis, A. y Young, A. (1992). *Neuropsicología cognitiva humana*. Barcelona: Masson.
- Gilligan, C. (1985). *La moral y la teoría psicológica del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Greene, J., Sommerville, R., Nystrom, L., Darley, J. & Cohen, J. (2001). An fMRI investigation of emotional engagement in moral judgment. *Science*, 293, 2105-2108.
- Greene, J. & Haidt, J. (2002). How (and where) does moral judgment work? *Trends in Cognitive Science*, 6 (12), 517-523.
- Greene, J., Morelli, S., Lowenberg, K., Nystrom, L. & Cohen, J. (2008a). Cognitive load selectively interferes with utilitarian moral judgment. *Cognition*, 107, 1114-1154.
- Greene, J., Lowenberg, K., Paxton, J., Nystrom, L., Darley, J. & Cohen, J.D. (2008b). Duty vs. the greater good: dissociable neural bases of deontological and utilitarian moral judgement in the context of keeping and breaking promises. *Neuron*, 44, 389-400.
- Greene, J.D. (2008c). The secret joke of Kant's soul. En W. Sinnott (Ed.). *Moral Psychology. The Neuroscience of Morality Emotion, Brain Disorders, and Development* (Vol. 3, pp. 35 -79). Cambridge, MA: MIT Press.
- Hersh, R., Reimer, J. y Paolitto, D. (1984). *El crecimiento moral. De Piaget a Kohlberg*. Madrid: Narcea.
- Hume, D. (1975). *Enquires Concerning Human Understanding and Concerning the Principles of Morals*, Introduction and Analytical index by L. A. Selby-Bigge, Oxford at the Clarendon Press, Oxford University Press, New York.
- Hume, D. (1978). *A Treatise of Human Nature*, Analytical Index by, L. A. Selby-Bigge. Oxford at the Clarendon Press, Oxford University Press, New York.
- Hume, D. (1993). *Selected Essays*, En S. Copley y A. Edgar (Eds.). Oxford: Oxford University Press.
- Hume, D. (1987). *Essays Moral, Political and Literary*, En E. Miller (Ed.). Indianapolis: Liberty Fund.
- Hume, D. (1993). *Investigación sobre los Principios de la Moral*, (Trad. de Mellizo, C.). Madrid: Alianza Editorial.
- Hume, D. (1988). *Tratado de la naturaleza humana*, (Trad. de Duque, F.). Madrid: Editorial Tecnos.
- Huebner, B., Dwyer, S. y Hauser, M. (2009). The role of emotion in moral psychology. *Trends in cognitivesciences*, 13, 1-6.
- Jamie, W. (2010). *Cognitive neuroscience: special issue cognitive neuroscience of consciousness*. Hove, UK: Psychology Press.
- Jasper, K. (1967). *Psicología de las concepciones del mundo*. Madrid: Gredos.
- Jordán, J. A. y Santolaria, F. (1995). *La educación moral hoy: Cuestiones y perspectivas*. Barcelona: EUB.
- Kant, I. (2007). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres; Crítica de la razón práctica; La Paz perpetua* (15ª. ed.). México: Porrúa.
- Keller, M. (2008). Desarrollo moral. *Mente y cerebro*, 32, 62-68.
- Kohlberg, L. (1976). Moral Stages and Moralization. The cognitive development approach. En T. Lickona (Ed.). *Moral development and behavior: theory, research and social issues*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Kohlberg, L. (1980). High School Democracy and Educating for a just society. En R. Mosher (Ed.). *Moral Education. A first generation of research and development*. New York: Praeger Publishers.
- Kohlberg, L. (1992). *Psicología del desarrollo moral*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Kohlberg, L. (1997). *La educación moral*. Barcelona: Gedisa.
- Knobe, J. y Nichols, S. (2009). *Experimental philosophy*. Oxford: Oxford University Press.
- Kuhn, T. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: F.C.E.

- Lind, G. (1999). Una introducción al test de juicio moral. *Psychology of morality and Democracy and Education*. Recuperado de: <http://www.uni-kontanz.de/ag.moral/b-publik.htm>
- Lind, G. (2000a). The importance of role-talking opportunities for self-sustaining moral development. *Journal of Educational Research*, 10 (1), 9-15.
- Lind, G. (2000b). O significado e Medida da Competencia Moral Revisitada. Um Modelo do Duplo Aspecto da Competencia moral. *Psicología: Reflexao e Crítica*, 13 (3), 1-29.
- Medrano, C. (1998). Los dilemas contextualizados: un estudio realizado en el país Vasco. *Cultura y Educación*, 11, 183-195.
- Mestre, V., Pérez, E., Samper, P. y Martí, M. (1998). Diferencias de género en la empatía y su relación con el pensamiento moral y el altruismo. *Iberpsicología*, 1-16.
- Meza, J. y Suárez, G. (2004). *DIT: cuestionario de problemas sociomorales de Rest, 1979: traducción, diseño y adaptación*.
- Mifsud, A. (1980). El desarrollo moral según Kohlberg. *Estudios Eclesiásticos*, 55.
- Moll, J., Oliveira-Souza, R. & Eslinger, P. (2003). Morals and the human brain: A working model. *Neuroreport*, 14 (3), 299-305.
- Monzón, J., Monzón, A., Ariasgago, O. y Rauch, E. (2006). *Análisis comparativo del test de Rest (DIT) para su aplicación en el ámbito de la UNNE*. Corrientes: FACENA-UNNE.
- Ostrosky-Solís, F. y Vélez, A. (2008). Neurobiología de la sensibilidad moral. *Revista Neuropsicología, Neuropsiquiatría y Neurociencias*, 1 (8), 115-126.
- Pasmanik, D. y Winkler, M. (2009). Buscando orientaciones: Pautas para la enseñanza de la Ética Profesional en psicología en un contexto con impronta posmoderna. *Psyche*, 18 (2), 37-49.
- Pérez-Olmos, I. y Dussán-B, M. (2009). Validación de la prueba Defining Issues Test con estudiantes de medicina en la Universidad del Rosario, en Colombia. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 11 (1), 1-13.
- Piaget, J. (1977). *El criterio moral en el niño*. Barcelona: Fontanella.
- Ramírez, J., Zepa, C. y Itriago, M. (2008). Confiabilidad y validez de un índice objetivo de medición del desarrollo moral en estudiantes universitarios venezolanos. *Psicología Iberoamericana*, 16 (2), 30-39.
- Rest, J. (1979). *Developing in Judging moral issues*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Rest, J. (1986). *DIT: Manual for Defining Issues Test*. Minneapolis: University of Minnesota. Center for the Study of Ethical Development.
- Riveros, M. I. y Pizano, M. (2012). El desarrollo moral: ¿una cuestión innata o social? *Psiké, Revista Estudiantil de la Facultad de Psicología*, 10 (1), 11-15.
- Romo, J. (2004). Juicio moral en estudiantes de bachillerato. Un diagnóstico. *Revista Iberoamericana de Educación*, 35 (1).
- Rosas, A., Arciniegas, M., Caviedes, E. y Arciniegas, M.A. (2014). La neurociología del juicio moral. Sobre las causas de respuestas contraintuitivas a los dilemas morales. *Praxis filosófica*, 38, 89-106.
- Rozin, P., Lowery, L., Imada, S. & Haidt, J. (1999). The CAD triad hypothesis: a mapping between three moral emotions (contempt, anger, disgust) and three moral codes (community, autonomy, divinity). *Journal of personality and social psychology*, 76 (4), 574-586.
- Suárez, F. y Díaz, E. (2007). La formación ética de los estudiantes de medicina. La brecha entre el currículo formal y el currículo oculto. *Acta Bioética*, 13, 107-113.
- Torres, A., Montilva, M., Ramírez, J., Zepa, C., Zapata, E., García, M., Papale, J., Puertas, M., Franco, M. y Palencia, E. (2010). Desarrollo moral en estudiantes de medicina y enfermería de la Universidad Centrooccidental Lisandro Alvarado (UCLA) -Venezuela. *Revista de la Facultad de Medicina*, 33 (1), 36-41.
- Tovar, J.O. (2011). *Gramática emocional: bases cognitivas y sociales del juicio moral*. Tesis de grado. Bogotá: Universidad Nacional.
- Urrutia, F. (2011). Hacia una propuesta pedagógica para una formación ética orientada a la acción responsable y solidaria con jóvenes mexicanos. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 41 (1.2), 13-59.
- Villegas, C. (1997). *Evaluación del desarrollo moral. Prueba DM-NJ*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Zepa, C. y Ramírez, J. (2004). Un instrumento de medición del desarrollo moral para estudiantes universitarios: Defining Issues Test (DIT). *Revista de Pedagogía*, 25 (74), 411-423.
- Zepa, C., Ramírez, J. y Aristimuño, C. (2010). Desarrollo moral en estudiantes de odontología. *Acta Odontológica Venezolana*, 48 (2).